

Guía para leer el *Cándido* de Voltaire

José Carlos Rojas Reyes
UAM - Unidad Iztapalapa

Resumen

Remontándonos al fértil terreno de la Ilustración, el famoso pensador Voltaire nos deleita con su texto *Cándido, o el Optimismo*, el cual contiene una serie de críticas a la estructura social de la época, la superstición, el dogmatismo, el amor, y la vida cotidiana. Este texto relata los acontecimientos encarnados por el enamorado Cándido, un fiel sirviente residente en el castillo del barón de Thunder-ten-tronckh, que después de eventualidades inesperadas, se embarca involuntariamente en una travesía que va desde Europa Occidental hasta las cálidas regiones de América. Pronto veremos que el mejor de los mundos posibles deparará a Cándido los peores males posibles.

Palabras clave: dogmas – sociedad - Ilustración

Summary

Going back to the fertile ground of the enlightenment, the famous thinker Voltaire delights us with the text *Candide, or The Optimist*, which contains a series of critics to the social structure of the time, superstition, dogmatism, love, and daily life. This text recounts the events embodied by the lovesick Candide, a loyal servant resident in the castle of the baron of Thunder-ten-tronckh, who, after unexpected events, embarks involuntarily in a journey that goes from Western Europe to the warm regions of America. Soon we will see that the best of all possible worlds, will bring Candide the worst possible evils.

Keywords: dogmas - society - Illustration

Introducción

Es cierto que en el llamado Siglo de las Luces existieron varios pensadores dedicados a una vida de crítica, café y letras. Entre ellos sobresalen los textos franceses, los cuales fueron altamente discutidos en la época, así como incitaron al movimiento más importante de la modernidad, la Revolución Francesa.

Investigaciones como la de Dorinda Outran o Franco Venturi, son útiles para conocer el ambiente francés del siglo XVIII. Sus trabajos nos indican que los grandes y aclamados textos de metafísica, teología y epistemología, cesaron su actividad en esta época, pues después de tantos libros de esta índole, en la Francia ilustrada se leía desde pornografía barata, hasta textos políticos complejos.

La grandiosidad de la Ilustración no es un hecho aislado que surgió de la nada, como contexto de este siglo, encontramos que se transformó la producción y acceso a las ideas, surgieron nuevas instituciones enfocadas en el intercambio de pensamiento, así como el

conocimiento y capacidad de debate se convirtieron en una manera de realizar brincos en la escala social. El intercambio internacional de bienes de consumo –entre ellos textos de todo tipo- provocó un conocimiento general y empático con otras naciones, por ello, la lectura empezaba a devenir un hábito común.

Como corolario de estos factores, la cultura se mercantilizaba y no fue casualidad que Voltaire se convirtiera en un personaje icónico de la Ilustración.

Mi propósito en este ensayo no es el de analizar o criticar un profundo texto de filosofía, sino el de guiar al lector, comentando y describiendo brevemente un texto que circuló con escándalo entre la comunidad francesa de hace casi 300 años. *Cándido, o el Optimismo* es un texto lleno de humor que, si bien se cataloga como un cuento, es también un trabajo crítico y bien pensado que incluye el refinado arte de la burla filosófica.

Capítulos I-III

La historia comienza en un lujoso castillo en Westfalia, Alemania. El barón de Thunder-ten-tronckh junto con su esposa la baronesa, sus hijos y criados, habitan el castillo. Cándido era uno de los sirvientes de dudosa procedencia, pues se rumoreaba que era un hijo bastardo de la hermana del barón.

Voltaire comienza su crítica en las primeras páginas. Al igual que los miembros de la corte, describe a la baronesa como una señora gorda y al barón como un personaje de alto respeto. Entre los miembros del castillo se encuentra el filósofo Pangloss, un fiel estudioso casado con el lema de *estamos en el mejor de los mundos posibles*. Explícitamente es una referencia a la sentencia leibniziana aparecida en su *Teodicea*.

Es claro que, ante la mayoría de ojos nobles acaudalados, este mundo sea uno de los mejores posibles, pues el mundo del dolor, el hambre, la pobreza y el deseo de escalar en la pirámide social, raramente converge con el camino de la riqueza.

Cabe aclarar que el autor no usa la palabra *cándido* con una connotación despectiva, sino que simplemente el término corresponde a aquel honesto e ingenuo hamburgués.

Cándido estaba enamorado de la hija del barón, Cunegunda. Esta mujer, al igual que Cándido, asistía con entusiasmo a las enseñanzas del filósofo Pangloss; se dice que en sus cátedras se aprendía la demostración por la que no existe efecto sin causa, así como la razón suficiente para cada uno de los eventos posibles. De nuevo, y durante todo el texto, observaremos las referencias al pensamiento de Leibniz.

Un día después de retirarse de la mesa, Cunegunda y Cándido tienen un primer encuentro amoroso detrás de un biombo, el cual culmina con un beso apasionado. Luego, “El señor barón de Thunder-ten-tronckh pasó junto al biombo y, viendo aquella causa y aquel efecto, echó

a Cándido del castillo a puntapiés en el trasero...” (Voltaire, 2010, p. 201).

Vagando después de haber sido despojado del paraíso, Cándido es acogido por el ejército búlgaro donde irracionalmente fue golpeado. Al introducirse en la guerra se describen las trompetas, tambores, el paso marchante de los soldados y la organización de los ejércitos, como lo más ordenado, bizarro y brillante.

La guerra era un tema común en la época que se publica el cuento, pues se atravesaba por la histórica guerra de los siete años. No es coincidencia que Voltaire describa campos llenos de montones de muertos, llenos de suprimidos del mejor de los mundos posibles.

Después de atravesar el ambiente de muerte producido por el derecho público de la guerra, Cándido escapa de entre los búlgaros y se dirige a Holanda, pues piensa que como todo mundo afirma que en este país son ricos y cristianos, no existía una mejor opción a donde ir. Efectivamente, sólo alguien ingenuo y cándido creería en fantasías como un país lleno de ricos y buenos religiosos; fue tarea de varios filósofos ilustrados como Rousseau, Montesquieu, Diderot, D’Alembert, Berkeley, Hume, Kant y varios más, desmentir a la popularidad y mostrar que el lenguaje común exagera los hechos de la realidad.

Capítulos IV-VI

Cándido, al pasear, encuentra a un pordiosero de muy mala salud; al acercarse, notó que era Pangloss, su antiguo maestro. Este le confiesa que a causa del conflicto entre búlgaros y ábaros, Cunegunda ha muerto destripada, el castillo ha sido reducido a piedras, el barón resultó mortalmente golpeado y la baronesa cortada en pedazos. Sin embargo, Pangloss se consuela diciendo que “hemos sido bien vengados, porque los ábaros han hecho otro tanto en una baronía cercana que pertenecía a un señor búlgaro.” (Voltaire, 2010, p. 207).

¿Por qué es consolador saber que alguien más sufrió una pena mayor a la tuya? Quizá porque la referencia para medir la desgracia se encuentra en los actos desgraciados, y al momento de encontrar un mal peor al que se cree peor, el umbral se expande y ayuda a colocarnos en un escalón anterior a lo más horrible. Después, sabiendo que hay peores situaciones, hasta se llega a agradecer un mal intermedio.

Una actitud ética nos abstendría de desear o disfrutar del dolor ajeno, pero cuando la desgracia de otro se convierte en consolación de un desventurado, difícil es opinar éticamente.

Cándido, medio muerto de hambre, es atendido por un alma caritativa llamado Jaques, éste le ofrece un lugar para dormir y algo de comida. Luego de reencontrarse con Pangloss, rápidamente lo lleva con Jaques para ser curado, pues había contraído sífilis. Este filósofo afirma que su enfermedad tiene un linaje que desciende desde el mismísimo Cristóbal Colón, pues el viajero al estar en América contrajo esta nueva enfermedad. Vaya que en estos pasajes se nota la explicación del origen

del mal como una causa externa, como algo que no sucede en la comunidad.

Como Cándido y Pangloss tenían la intención (más no el dinero) de pagar a Jaques los bienes recibidos, naturalmente este los convirtió en sus lacayos. Por asuntos de negocios, Jaques tuvo que viajar a Lisboa junto con los dos filósofos. En el trayecto, el sifílico Pangloss intentaba convencer racionalmente a Jaques, que este era el mejor de los mundos posibles, y que todo lo que parecía un mal, tenía una causa suficiente para ser explicado. Justo después de que Pangloss terminó de decir aquello, una tempestad destrozó los mástiles del barco.

Jaques intentaba manejar la situación, sin embargo, un marinero enfurecido por su mal liderazgo lo golpeó. Este golpe en vez de dañar a Jaques, sacó volando al marinero, y justo antes de caer al mar se alcanza a sostener de una saliente. Jaques que era un hombre de buen corazón intenta auxiliarlo, pero el marinero se aprovecha, le jala los pies y lo deja caer al mar.

Con mucho esfuerzo Cándido, Pangloss y el marinero llegan a la orilla. Justo al colocar el primer pie en Lisboa todos sienten cómo la tierra comienza a temblar, las casas se destruyen, los cimientos se cuarteán, y hay torbellinos por todos lados.

Históricamente, el 1 de noviembre de 1755 ocurrió un terremoto en Lisboa con una duración aproximada de 120 segundos. Además, se produjo un devastador incendio que causó graves daños a la ciudad, así como un tsunami que devastó las zonas portuguesas. Se estima que murieron 50.000 personas de una población de 235.000.

¿Cuál es la relevancia de desastres como este? Después de una larga tradición religiosa, ocurre un temblor que destruye tres cuartas partes de una ciudad, la tempestad no se abstiene de quitarle la vida a nadie en especial, ricos, pobres, niños, ancianos, ¿acaso la providencia es autora de tal evento?

Voltaire no sólo hace explícita su opinión sobre el desastre en este cuento, incluso escribe un poema que fue criticado por Rousseau. *El poema sobre el desastre de Lisboa* pone en duda la manera de operar del Dios en el que todos creen, así como se ataca la postura de “*todo está bien*”, la cual fue muy defendida entre varios filósofos ingleses y alemanes.

En este poema François-Marie Arouet ataca la opinión católica que dice que este desastre fue producto de los pecados cometidos en la ciudad. “Lisboa que ya no existe, ¿tuvo acaso más vicios que Londres, o París, sumidos en las delicias? Lisboa está destruida y se baila en París...” (Villar, 1995, p.159). La paradoja de Epicuro sobre el origen del mal saldría razonablemente a la luz para aquellos que quisieran conocer la raíz de los males.

Rousseau no se abstiene de practicar la crítica frente a este poema, el *todo está bien* de Pope no le parece tan desagradable, y en una carta enviada a Voltaire explica:

Según parece, creéis tranquilizarme mucho demostrándome que todo está mal... El poema de Pope alivia mis males y me invita a la paciencia, el vuestro agría mis penas, me incita a la murmuración, y despojándome de todo, salvo de una esperanza quebrantada, me reduce a la desesperación (Villar, 1995, p.185).

En esta carta, Rousseau no cree que Voltaire esté enunciando verdades, sino que sostiene que mientras Leibniz y Pope fundamentan sus teorías optimistas en probabilidades, Voltaire fundamenta las suyas sobre las probabilidades contrarias.

Voltaire, concediendo que esta situación fue obra de Dios, denuncia su respeto a la divinidad, pero sobrepone su amor al universo. ¿Pues qué le costaba al señor producir un terremoto en un desierto inhabitado?

¿Los tristes habitantes de esas orillas asoladas, en el horror de sus tormentos serían consolados si alguien les dijera: Caed, morid tranquilos; vuestros hogares se destruyeron para la felicidad del mundo?" (Villar, 1995, p.160).

Parecería que el lema de Pope intenta justificar el bien general a través del mal particular. De cualquier modo, es válido cuestionar el axioma que planta un universo operando siempre al bien. La postura teleológica que dirige las cosas siempre al bien, no basta para aquellos que sufren, es lógicamente correcto pensar que no todo tiene que acabar bien, y contemplando esta posibilidad ¿Por qué aferrarse a creer en que todos nuestros actos valen la pena para un bien más allá de nuestro alcance temporal?

Tal vez, como explica Rousseau, la consolación de estos razonamientos es la causa suficiente de pensarlos. Pero si un filósofo acepta que a veces la consolación debe de ir por encima de la verdad, entonces en estos casos sobriamente estamos asumiendo una postura dogmática y conveniente. La tarea racional no consiste en casarse con una postura y defenderla ciegamente, la razón frente a la duda debe mantenerse escéptica hasta que se justifique su inclinación, y aun así, el filósofo debe ser consciente que su justificación puede tener fallas y por tanto estar en el error.

Esta es la razón por la que en este tema Voltaire discrepa con Rousseau, pues el autor de Cándido no quiere aceptar una postura consoladora, sino una postura verdadera. ¿Cuál es la que se debería aceptar?

Sobreviviendo Cándido al terremoto, en las calles destrozadas se escucha que los sabios han convenido en realizar un auto de fe, una catarsis necesaria, pues "la universidad de Coimbra había decidido que el espectáculo de varias personas quemadas a fuego lento, con gran ceremonia, es un secreto infalible para impedir que la tierra tiemble" (Voltaire, 2010, p.211).

Voltaire nos muestra su oposición a la superstición arraigada en la sociedad del siglo XVIII, donde los sabios y religiosos, sin mucha diferencia con las tribus caníbales, estrangulaban a los pecadores si aceptaban su herejía o los quemaban vivos si eran impenitentes.

Capítulos VII-XII

Pangloss y Cándido fueron condenados por la inquisición en el auto de fe, al primero lo colgaron y al segundo azotaron mientras todos cantaban. Durante su agonía Cándido fue salvado por una vieja que lo llevó a una casucha.

La vieja lo curó y alimentó, unas veces se quedaba y otras veces se iba. La sorpresa de Cándido llegó cuando la vieja arribó con una mujer envuelta en un velo, era Cunegunda. Cándido no paró de preguntar sobre la vida de su amada después de haber sido separados tras aquél infortunado beso.

Cunegunda después de escuchar la historia de Cándido, explicó que su padre y hermano fueron degollados, que su madre fue hecha pedacitos, que al verse débil un robusto búlgaro procedió a violarla, hombre que fue asesinado frente a sus ojos tras ser sorprendido en el acto por su capitán. Luego de que el capitán se hartase de ella, fue vendida a un traficante judío en Portugal llamado Isacar. El gran inquisidor un día la vio en misa, y después de amenazar a Isacar con ejecutarlo, acordaron que en la casucha donde estaban, Isacar tendría a Cunegunda lunes, miércoles y sábado, mientras los demás días serían para el inquisidor. Finalmente, al ver colgar a Pangloss y azotar a Cándido, Cunegunda pidió a la vieja que lo acogiera.

A Cándido y su amada no les duró mucho el gusto de estar juntos, pues Isacar llegó muy pronto. Como era muy colérico, al verlos sacó un largo puñal y se aventó contra Cándido, en seguida este le respondió atravesándolo con una espada que venía en las ropas entregadas por la vieja. Todos entraron en pánico, y al pedir consejo a la vieja, olvidaron que ya era domingo, el Inquisidor entró desconcertado. Un hombre muerto, el azotado del reciente auto de fe con una espada ensangrentada en las manos, Cunegunda espantada y una vieja dando consejos con gritos, fue información que el inquisidor no pudo procesar, ya que Cándido razonó eficazmente y también lo atravesó con su espada.

Los tres robaron los diamantes que había en la casa, tomaron los caballos del asesinado Inquisidor, fueron perseguidos por la hermandad, llegaron a la frontera, consiguieron un barco, y se dirigieron a Buenos Aires.

En este momento de la historia, Cándido tiene la esperanza de realizar sus sueños con Cunegunda, potencialmente cree que puede cambiar el mundo. Sin la esperanza de cambiar su destino, su libertad también sería abolida, pues si definimos esperanza como la búsqueda de un cambio voluntario y benéfico, y este cambio presupone una situación que libremente sea cambiada, entonces el concepto de esperanza es

condición de posibilidad de todo aquel que quiera cambiar su estado actual.

¿Qué es la vida sin esperanza? Si elimináramos la esperanza de cambiar nuestra situación actual por una mejor, entonces ¿hacia donde estarían dirigidas nuestras acciones?

En Rousseau y Kant podemos afirmar que el concepto de libertad es inseparable del concepto ético de persona, ya que, para estos autores, el ser persona es la capacidad de constituirnos como tales, de darnos un orden jurídico y social. Esta capacidad conlleva a la convicción de un cambio, cambio que resulta ser un fenómeno trascendente debido a que se puede pasar más allá de la condición natural de un hombre a la realización de un orden mejor.

Por lo anterior dicho, la esperanza reconoce que las acciones prácticas de los sujetos pueden llevarnos del *ser* al devenir del *deber ser*. Sin embargo, el estado del *deber ser* depende de la voluntad del ser humano –pues en la ilustración nos separamos del orden divino-, y por ello tenderá a ser variable. Cándido que creía estar en el estado del *deber ser* cuando vivía en el mejor de los castillos posibles, sale al mundo a reconocer que, si bien no estamos en el mejor mundo, estamos en un mundo que puede ser mejor.

Capítulos XVIII-XVI

Después de una larga plática, los viajeros llegaron a Buenos Aires. Como eran extranjeros, inmediatamente fueron llevados con el gobernador, el cual al ver a Cunegunda, se enamoró al instante. Este preguntó si la dama estaba casada, y aunque a Cándido le hubiera gustado responder afirmativamente, su pureza no le permitía mentir. Por consiguiente, el gobernador le propuso matrimonio a Cunegunda, y esta al no saber qué decir, pidió unos momentos a solas con la vieja para ser aconsejada.

Durante el parloteo de la anciana, un navío se acercó, venía un alcaide y alguaciles dispuestos a condenar a Cándido por haber asesinado al Gran Inquisidor. La vieja había predicho todo esto, y según la sabiduría que había ganado con su vasta edad, Cunegunda debía quedarse con el gobernador, pues ella no había matado a nadie. Por otro lado, Cándido debía huir o enfrentarse a su muerte.

Antes de salir de Cádiz, Cándido se había llevado con él un criado tan fiel como los que se encuentran en las costas españolas. Es por ello que, al momento de huir de Buenos Aires, el criado Cacambo ya tenía listos los caballos para dirigirse a otra zona.

En vista de que Cándido huía de los jesuitas que lo acusaban de homicidio, Cacambo decidió que lo mejor era llevar a su amo a Paraguay, pues Cándido al haber recibido un buen entrenamiento búlgaro, iba a ser bien recibido por el gobierno de los padres jesuitas sudamericanos. De nuevo al llegar, amo y criado fueron llevados con el alto comandante,

quien después de unas preguntas, reconoció a Cándido, el comandante era el hermano de Cunegunda.

Ambos se abrazaron y lloraron, Cándido no sabía cómo el hijo del barón había sobrevivido al asalto armado de su antiguo castillo, pero antes de hablar sobre sus vidas, Cándido pidió ayuda al comandante para rescatar a Cunegunda. Este accedió emocionado, ambos empezaron a tramar un plan para rescatar a la doncella, sin embargo, cuando Cándido le confesó que su intención era casarse con su hermana, el comandante respondió indignado que eso no podría llevarse a cabo, pues su hermana era un miembro de la nobleza, y Cándido no era más que un simple criado sin nada que ofrecer. Después de un agresivo forcejeo, Cándido no tuvo más opción que hundir su espada en el pecho del barón de Thunder-ten-tronckh.

Cacambo que estaba cerca del incidente, no perdió la cabeza, puso las ropas del comandante en el raquítico cuerpo de Cándido, y juntos huyeron hacia el norte.

A pesar de que la esperanza es una condición para un cambio libremente alcanzado, esto no significa que este concepto también sea condición para cambios sin intervención de la voluntad esperanzada. Es decir, el alma de la ilustración consiste en la separación de la superstición, y poco a poco caemos en cuenta que, aunque deseemos un cambio, este jamás ocurrirá si sólo esperanzadamente lo deseamos.

Cándido, que por fin estaba junto a Cunegunda, deseó nunca volver a separarse de ella, sin embargo, las circunstancias los orillaron a tomar rumbos distintos. Quizá, aunque lleguen a estar juntos, la incertidumbre de no saber si en un futuro momento ya no lo estarán, pueda dejarlos vivir sin la esperanza de estarlo.

Capítulos XVII-XXII

Después de huir de los jesuitas y de los salvajes de América -que resultaron ser más racionales que los religiosos-, llegaron a una extraña región llamada Eldorado. Ahí vieron cómo los niños jugaban con diamantes y rubís del tamaño de un melón, el gobierno utilizaba todos los recursos que tenía para pagar los servicios requeridos por su comunidad, y el capital de cambio no eran monedas brillantes ni piedras preciosas. Cándido y Cacambo quedaban más asombrados conforme recorrían el país. No obstante, a nuestro protagonista le faltaba algo, ¿Cómo podría establecerse en un lugar tan hermoso, sin Cunegunda que era su anhelo más vigoroso?

Claramente, este país descrito por Voltaire es una utopía, pues aquí todo está perfectamente balanceado, el terror no es conocido, las riquezas no son deseadas porque todos son ricos. Tal vez por ello el autor describe este lugar como una región inaccesible para el resto del mundo.

Cándido no tardó en ir en busca de lo que amaba, incluso los habitantes del país donde nadie podía entrar ni salir, les construyeron un

mecanismo complejo para que pudieran pasar las grandes montañas, además les regalaron todas las piedras que pudieran llevar junto con 20 carneros de albarda cargados hasta el tope de víveres y oro.

Al llegar al puerto de Surinam, Cándido ordenó a Cacambo dirigirse hacia Buenos Aires, comprar a Cunegunda con los diamantes que llevaba, para finalmente reunirse todos en Venecia. Pues el ingenuo hombre creía que ahí no había ni búlgaros, ni ábaros, ni inquisidores.

Mientras tanto, Cándido intenta conseguir un barco para viajar a Europa, y sin sorprenderse, es estafado varias veces perdiendo hasta el último carnero que le quedaba. De cualquier modo, aún tenía suficientes diamantes en su bolsillo con los cuales consiguió un navío dirigido a las costas de Francia, y en necesidad de un amigo, Martín, un filósofo marino, le ofreció compañía.

Capítulos XXIII-XXVIII

Burdeos, París, Dieppe y Portsmouth, fueron los lugares que Cándido visitó antes de llegar a Venecia. Prostitutas, excesos, guerras, violencia, estafas, promiscuidad, y muchos más pecados son los que Cándido atravesó para llegar a su destino.

Una vez que arribó a Venecia, Cándido no encontró rastro de Cacambo. Todos los días mandaba revisar los puertos en busca de su amada, aunque con fracaso ninguno de los mensajeros lo sorprendía con la noticia esperada.

Sí, a diferencia de las historias cliché donde todo sale bien al final, Cándido no encontraba a su amada y había gastado gran parte de las joyas de Eldorado en una alocada vida bohemia, solo le quedaba hacer lo que todo mundo hace cuando se desea que pase algo, esperar.

En una elegante cena cuyos anfitriones eran reyes conocidos, los cuales fueron fracasados y destronados, Cándido observa que el criado de uno de los reyes es Cacambo. Su alegría estalla, la esperanza retoma su vigor, y poco después de haberse visto, su fiel amigo confiesa a Cándido que Cunegunda se encuentra en Constantinopla y que deben partir con él y su amo lo más pronto posible.

La fidelidad de Cacambo les consiguió a Cándido y Martín dos lugares en el navío del sultán Ajmet quien se dirigía hacia Constantinopla. No paso mucho para que Cándido bombardeara a Cacambo con preguntas sobre el paradero de Cunegunda, sin embargo, este le confesó que después de haber rescatado a su doncella del Señor de Buenos Aires, se dirigieron hacia Venecia, pero fueron raptados por un pirata, llevados a islas extrañas, despojados de las riquezas de los carneros, y terminaron siendo esclavos de diferentes amos; ahora Cunegunda y la vieja lavaban los platos de un viejo soberano príncipe de nombre Ragotski.

Cándido compra a Cacambo por un precio exagerado, renta una barca y se dirige al punto donde Cunegunda era criada. Parecía casualidad que los gondoleros que movían los remos eran parecidos a

Pangloss y el barón hermano de Cunegunda, de hecho, cuando levantaron la mirada reconocieron a Cándido, en realidad eran ellos.

Parecían resucitados, los dos gondoleros contaron a Cándido lo cruel que fue su vida después de estar rozando a la muerte. Ambos pasaron las peores desgracias en el mejor de los mundos, y es por esto que cuando Cándido le pregunta a Pangloss si aun cree que en el mundo todo va lo mejor posible, este le responde:

Sigo con mi primera idea... porque en última instancia soy filósofo: no me conviene desdecirme, ya que Leibniz no pudo haberse equivocado, y, además porque la armonía preestablecida es la cosa más hermosa del mundo, igual que lo son lo pleno y la materia sutil." (Voltaire, 2010, p. 280).

Al igual que Pangloss, muchos filósofos se casan con las ideas que concibieron brillantemente en algún punto de su erudición. Difícil es desarraigarse de una idea asumida de manera "*sistemático lógico dogmático epistemológicamente*" en el tuétano del pensamiento. Y aunque la teoría de un mal particular sosteniendo el futuro desarrollo del bien general es válida y coherente, es mucho más arriesgada que apostar por una preocupación más inmediata de los dolores particulares. La peligrosidad del principio del bien general radica en su posible inexistencia, pues no existe un conocimiento con la garantía de que en algún punto se dará tal manifestación del bien. De cualquier modo, no importarán mucho estas súplicas, los religiosos seguirán prefiriendo el consuelo en un mundo más allá de la muerte.

Es entendible por qué muchas personas se han guiado bajo los placeres inmediatos, pues al existir la probabilidad de no volver a tener un placer en la vida, los hombres inteligentemente pueden gozar de su posible último placer. Por lo tanto, ya que no estamos seguros de que la teleología de nuestros males fortalezca el bien universal, en vez de creer vivir en el mejor de los mundos posibles deberíamos intentar creer en la posibilidad de mejorar el mundo actual.

Por supuesto que cuando Voltaire enuncia algo parecido, Rousseau -en la carta que responde al poema del terremoto de Lisboa- critica esta tesis debido a que tampoco existe certeza en la factibilidad de un mejoramiento del mundo. No hay garantía de que las experiencias benéficas sean la mejor opción para actuar, pues existe también la posibilidad de que el mal general sea corolario de la profusión de los bienes particulares, y por ende no ser viable para un mejoramiento de la humanidad.

Tal vez si analizamos estrictamente la especulación del bien o el mal particular como nichos filosóficos, no encontraremos suficientes razones para sostener una de las dos posturas presentadas, me parece menester apegarnos a un hecho más cercano y verificable, la sensación.

Si bien nunca sabremos si el mal particular le es favorable o no a un bien general, sabemos que el mal particular no es deseable ni

disfrutable. Podemos afirmar que la mayoría de los seres que recuerdan momentos felices en la desgracia, desearían no haber sufrido, y sin duda convertirían su dolor en el no-ser. Por ello, en vez de defender argumentos de probabilidad, podemos ocuparnos en atender sufrimientos a través de la realización de libertad, igualdad y fraternidad. Ya sea que tomemos una ética utilitarista, deontológica, teleológica, bíblica o el imperativo categórico, el sufrimiento de las víctimas del mundo es real, y también es real su deseo de que acabe.

Capítulos XXIX-XXX

Posteriormente, Cándido aún en compañía de Martin, compra a Pangloss y a su potencialmente futuro cuñado. Los cuatro se acercan a la isla donde estaba el castillo del príncipe Ragotski, y lo primero que ven es a Cunegunda y la vieja tendiendo ropas. Todos descienden de la barca, todos se abrazan y agradecen la causa que efectuó el poderse ver.

Cándido, que toda su vida soñó con realizar sus votos maritales con Cunegunda, la libera del príncipe junto con la vieja. El problema es que ahora la veía muy cambiada, tenía arrugas, la piel quemada, los ojos lagañosos, y en realidad se había vuelto muy fea. Dudando si casarse con ella o no, ella se acerca a él y le recuerda las promesas de amor que le había hecho. No muy dispuesto a casarse, Cándido le dice al barón que apruebe su matrimonio, no obstante, este se niega y afirma que la boda jamás se consumará mientras él viva.

Sin contarle a Cunegunda, todos convienen en que el barón celoso debe ser regresado al señor al que fue comprado y puesto de nuevo a trabajar en las galeras.

Después de deshacerse del barón y casarse con una mujer tan fea como Cunegunda, Cándido vive con la vieja que se ha vuelto insoportable, con Cacambo que maldice su destino, y con Martin que parece indiferente ante la vida. No pasa mucho tiempo hasta que el hastío los corrompe, todos están siempre de mala gana, y un día al hacer amistad con un anciano, este les dice que la receta para curar el hastío, el vicio y la necesidad, es el trabajo.

Sin dudarle, Cándido empieza a planear la cultivación de un huerto, y poco tiempo después todos trabajan cosechando pistachos, naranjas, limones, cidros confitados y café de moka. Finalmente, para que la teoría optimista no se ponga en duda por Cándido, Pangloss dice:

Todos los acontecimientos están encadenados en el mejor de los mundos posibles; porque, en última instancia, si no hubierais sido expulsado de un hermoso castillo a puntapiés en el trasero por el amor a la señorita Cunegunda, si no hubierais caído en manos de la Inquisición, si no hubierais recorrido América a pie, si no hubierais propinado una buena estocada al barón, si no hubierais perdido todos vuestros carneros del buen país de Eldorado, no comeríais aquí cidros confitados ni pistachos. –Eso está muy bien dicho, respondió Cándido, pero tenemos que cultivar nuestro huerto. (Voltaire, 2010, p. 285).

Conclusión

A pesar de que Voltaire jamás asumió la identidad de haber sido el escritor de este texto, podemos hacer un contraste con sus demás obras, estilo de escritura y los temas tocados a lo largo del cuento, para concordar con los historiadores que sin duda le atribuyen la obra. Incluso se dice que en una carta donde le preguntan si él es autor de *Cándido*, este responde que fue su hermano el que lo hizo.

El texto, aunque no representa un trabajo sistemático sobre epistemología, teología u ontología, es un cuento lleno de crítica a distintos preceptos escandalosos de la época. El humor con el que se escribe, nos ayuda a reírnos de las desgracias además de fomentar la reflexión.

Voltaire nos ayuda a actualizar el término de Pope que dice que *todo está bien*, proponiendo una actitud de realismo ante los designios de la existencia, pero, sobre todo, llevando al mundo al mejoramiento a través de la práctica.

El poema sobre el desastre de Lisboa nos induce a separarnos de la superstición, es un impulso que representa la emancipación de la razón propuesta por Kant en su texto sobre la Ilustración. *Cándido* es un texto lleno de referencias a temas filosóficos, temas comunes y complejos. También podemos observar una crítica con el aforismo de Voltaire respecto a la avaricia –el cual dice que cuando se trata de dinero, todos son de la misma religión–, un análisis de las doctrinas que hablan de un bien general, un enunciamiento de la libertad y el determinismo, una muestra de los excesos del siglo XVIII en Europa y América del Sur, el dogmatismo por parte de los filósofos y sus corolarios, así como el texto invita a tener una postura crítica a cada uno de estos temas.

Después de un viaje ambientado en el Sacro Imperio Romano Germánico, Portugal, el Imperio Otomano, Venecia, Brasil, El Dorado, el Virreinato de Perú, la Gobernación del Río de la Plata, Paraguay y el Reino de Francia, gratamente podemos afirmar que muchos tienen la esperanza de que todo esté bien, otros tienen la ilusión de que todo está bien, y unos pocos más cultivan su propio huerto con la esperanza de que todo esté mejor.

Bibliografía

- Voltaire (2010). *Opúsculos. Cuentos*. Madrid, Gredos, Colección Grandes Pensadores.
- Villar, A. (1995). *Voltaire-Rousseau. En torno al mal y la desdicha*. Madrid, Alianza.